

Distr.
RESTRINGIDA
E/CEPAL/SEM.10/R.2
7 de septiembre de 1983
ORIGINAL: ESPAÑOL

C E P A L

Comisión Económica para América Latina

Seminario sobre Cambios Recientes en las Estructuras y Estratificación Sociales en América Latina. Análisis Comparativo de Países y Perspectivas Regionales en los '80.

Santiago de Chile, 12 al 15 de septiembre de 1983



ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LOS PROCESOS DE
CAMBIO SOCIAL EN AMERICA LATINA

Este documento ha sido preparado por los señores Enzo Faletto y Germán Rama de la División de Desarrollo Social de CEPAL. Las opiniones expresadas son de la exclusiva responsabilidad de sus autores y pueden no coincidir con las de la Organización.

83-9- 1531

Indice

	<u>Página</u>
Introducción.....	1
1. El problema de la constitución de la sociedad nacional.....	2
2. Desarrollo y opción nacional.....	11
3. Sociedades en proceso de cambio.....	19
4. ¿Es viable un nuevo "proyecto nacional"?.....	26

Introducción

El presente texto tiene el carácter de una reflexión preliminar y provisoria sobre los cambios de las estructuras sociales latinoamericanas en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial. Su objetivo principal es el de constituirse en punto de apoyo para el intercambio de opiniones y la presentación de hipótesis, en el Seminario sobre Cambios Recientes en las Estructuras y Estratificación Sociales en América Latina, acerca de las tendencias regionales prevalecientes en el pasado en cuanto a cambios de las estructuras sociales - luego de haberse examinado las situaciones nacionales - y sobre los posibles tipos de acción que podrían asumir los distintos grupos sociales como respuesta a la crisis económica y a la continuidad de las contradicciones generadas por el estilo de desarrollo prevaleciente en América Latina.

La preocupación mayor del texto es la de contribuir con una visión regional del proceso estructural, a modo de complemento de los importantes hallazgos que se presentan en los estudios sobre casos nacionales.

En esa visión se han enfatizado los temas de la constitución de la sociedad nacional, la revisión de los efectos del cambio estructural y lo dinámico y contradictorio de las sociedades en proceso de cambio, para finalmente plantear algunos interrogantes sobre los procesos societales futuros y la viabilidad del surgimiento de nuevos "proyectos nacionales" con capacidad de estructurar las acciones de una pluralidad de grupos sociales.

El punto de partida ha sido el análisis de las relaciones entre Estado y nación, postulándose que los distintos aspectos de la heterogeneidad estructural (en especial los factores históricos de la misma) explican la separación entre ambas dimensiones. En el período, dicha separación intenta superarse mediante un doble proceso de integración cultural y social y de recuperación del Estado como expresión de la comunidad política nacional.

El ciclo de cambio estructural aporta profundas modificaciones, cuando no mutaciones, en la constitución y expresión de los grupos sociales en una situación de coexistencia de diversos tiempos históricos. Se imponen las formas capitalistas de organización económica y social sin el respaldo de una ideología congruente y sin que la determinación de los modelos

sociales corresponda solamente como en las sociedades centrales, a las fuerzas encontradas de la burguesía y proletariado.

La propia dinámica y la falta de referencia en las estructuras sociales del pasado inciden en un predominio de los grupos sobre las clases sociales, en identidades sociales débiles y en el desajuste entre procesos económicos y propuestas ideológicas.

Finalmente, el texto se refiere a las relaciones entre los grupos sociales y el Estado y a las posibles alianzas fundadas en la voluntad política de establecer estilos de desarrollo que posibiliten la incorporación de unos grupos sociales y la emancipación de otros, lo que remite, por último, al papel que pueden tener los movimientos sociales en un futuro próximo.

1. El problema de la constitución de la sociedad nacional

Hacia los años cincuenta, y a pesar de que la mayoría de las sociedades latinoamericanas tenían casi siglo y medio de vida independiente, la constitución de la sociedad nacional no estaba aun resuelta. El problema se planteaba en todos los países incluso en aquellos en los que la consolidación del Estado se había realizado sin fracturas notorias a partir del modelo colonial, y también en aquellos otros en los que el largo ciclo de luchas sociales del Siglo XIX habían dado origen a la creación de un poder central en condiciones de controlar la violencia en la totalidad del territorio.

Para lograr la integración nacional se precisaban cambios en dos grandes aspectos, por lo menos:

a) El establecimiento de una red de comunicaciones materiales que permitieran integrar a las zonas costeras - asiento natural de poblaciones y actividad económica tanto en el período colonial como en el de la expansión hacia fuera - con el interior, venciendo los obstáculos naturales y la disgregación del sistema de mercados locales en que se había organizado en el pasado la vida social.

b) Las comunicaciones no materiales o, dicho de otra forma, el establecimiento de una integración cultural y valórica. En buena parte de los países de la región persistían las lenguas indígenas o formas de creole o patois como sustento de identidades culturales no sólo previas, sino ajenas a la identidad nacional. Incluso en los países donde la comunidad lingüística se encontraba relativamente avanzada, el sistema de valores de la población se encontraba fragmentado por las estructuras sociales específicas de las formas de organización basadas en la hacienda, o bien por la continuidad de desarrollos parroquiales o regionales sin mayor comunicación con la sociedad nacional y con la internacional.

Las condiciones de la integración en las últimas cuatro décadas se transformaron debido al establecimiento de las redes de vialidad, a las comunicaciones radiales y televisivas, a los grandes desplazamientos de población hacia los centros urbanos y al papel de la educación masiva, internalizadora de los valores culturales en los que se expresaba la sociedad nacional y por supuesto aquellos preconizados por las distintas élites.

El tránsito implicó necesariamente un contrapunto entre el Estado como organización previamente constituida y la población en búsqueda de una expresión nacional propia que, por un lado, tuviera vinculación con las formas de identidad existentes en el pasado y que, por el otro, se erigiera en identidad compartida que a su vez fuera en distintos grados coherente con el Estado u opuesta a él.

La creación de la identidad nacional estuvo y está imbricada con la constitución de la comunidad política. Dada la etapa en que se realiza la conformación nacional, no era posible apelar a valores meta-sociales - como la religión - para otorgarle una base que obviara el tema de la participación. Además la constitución de la sociedad nacional exigía la destrucción previa de las formas de poder de origen colonial o de origen oligárquico que, respaldadas por el Estado, habían trabado la unidad, la conciencia de pertenencia y la comunidad política. Así, por ejemplo, en las sociedades andinas la construcción de la nación pasaba necesariamente por la ruptura del dualismo indígena-blanco, y en la sociedad venezolana, por la etapa previa de nacionalizar el

Estado, hasta ese momento patrimonio de un grupo determinado.

La vinculación de la constitución de la sociedad nacional con la participación social masiva en la vida política y en las expresiones culturales no es un fenómeno nuevo en la historia social. Entre los precedentes más importantes corresponde citar la revolución francesa y el ciclo de la unidad italiana del siglo XIX caracterizados ambos por un proceso de movilización social y de participación popular que, en lo inmediato, desacralizó el poder para transformarlo en expresión colectiva mediante la acción de movimientos sociales cuyos efectos se proyectaron durante décadas en la forma que asumió la sociedad.

Se pueden distinguir tres formas o caminos de creación de la comunidad política nacional asumidos por la transición en América Latina según cuales fueran las condiciones de desarrollo y las fuerzas que intervenían en el proceso. En cualquiera de estos tipos de transición el problema central consistió en la destrucción de la dominación oligárquica, que excluía de la participación a las grandes masas apelando a criterios de raza, superioridad cultural, tradición, eficiencia, etc., los que en todos los casos, encubrían el rechazo a aceptar que los otros integrantes de la sociedad pudieran ser reconocidos como personas con derechos y opciones, es decir, ser integrantes de una sociedad nacional. Las principales formas que asumió la creación de la nación como comunidad política fueron el populismo, la democracia y la revolución nacional y popular.

a) El populismo ha sido sin lugar a dudas la forma más frecuente de constitución de comunidad política porque, por una parte, sus contradicciones (en cuanto suma grupos con intereses opuestos y divergentes) expresan el ascenso y las demandas de participación de una multiplicidad de grupos no constituidos como clases sociales; por la otra, su manejo de los símbolos permitió expresar identidades (de tipo "pueblo") u oposiciones (nación-antinación), que eran las sentidas por poblaciones en acelerada transición social. La misma contradicción entre participación simbólica y dependencia de un poder autoritario coincidía con la continuidad del autoritarismo rural internalizado y con la forma incierta de participación en la vida urbana.

El populismo ha sido analizado frecuentemente en cuanto mecanismo de destrucción del poder oligárquico, o bien en cuanto a su capacidad para promover la industrialización y el desarrollo de los mercados internos; en cambio, se ha prestado menos atención a su manejo de los mitos integrativos y a su capacidad de darle a las masas la noción de participación por medio de la ocupación de los espacios públicos - nos referimos también a los físicos - antes reservados a la oligarquía o a las minúsculas clases medias.

b) La democracia como forma de constitución de la comunidad política ha sido menos frecuente, porque exige una sociedad modernizada y un desarrollo previo de los sectores medios, condiciones que, con excepción de Costa Rica en el medio rural y de Uruguay y en menor medida del resto del cono sur en el ámbito urbano, no fueron comunes, o, en su defecto, exige condiciones económicas para sostener simultáneamente la distribución de bienes y servicios y la participación social, esperando que el tiempo y la educación establezcan las condiciones de una eficiencia social (como sería el caso de Venezuela).

La situación de Colombia, resulta casi única en cuanto la democracia parece seguir las pautas de una lenta y progresiva participación controlada desde un poder con notoria continuidad oligárquica.

En todo caso, la democracia es la forma a la cual se apela cuando hace crisis la separación entre Estado y sociedad, y en algunos casos como freno a los excesos del populismo.

En el lapso estudiado, los modelos democráticos de la comunidad política nacional son progresivamente reivindicados en forma congruente con los mayores grados de urbanización, de educación y de racionalidad de la organización social.

c) La revolución nacional y popular con contenidos maximalistas - que en algunos casos pueden llegar a ser socialistas - ha constituido la forma de establecer la comunidad política nacional en aquellas sociedades de fuerte componente agrario y enfrentadas al doble proceso de constituir nación y estado simultáneamente (Bolivia) o de transformar el Estado en una entidad representativa de la sociedad nacional (Cuba y Nicaragua). Los temas de la integración, superando antinomias culturales y sociales, de la solidaridad y de la satisfacción de aspiraciones de equidad han sido más fuertes en estos casos que la orientación hacia la creación de la comunidad política.

La constitución de la nación estuvo y está vinculada, en diversos grados, a la situación de dependencia. Para algunos países, en especial de América Central y del Caribe, las situaciones de neo-colonialismo, de intervención militar directa y de Estados vicarios representantes del imperialismo constituyen realidades que hacen del problema nacional el eje central del análisis de la acción de los distintos grupos sociales, por lo que predomina el modelo de la revolución nacional antimperialista.

En los otros países, el tema de la dependencia tiene otras aristas, que van desde la búsqueda de la autonomía en relación al dominio económico extranjero (ya sea bajo la forma de enclave o de control de los sectores más dinámicos de la producción) hasta la generación de una autonomía política que permita, a partir del poder del Estado, establecer formas de relación pactada. Estos pactos asumieron en algunos casos, la forma de inclusión en un bloque geopolítico y de negociación de autonomía interna para la comunidad nacional; en otros, supusieron formas de dependencia económica para lograr crecimientos que, en el largo plazo, hicieron posible la afirmación nacional. En todos ellos se trazó una línea entre los sistemas sociales aceptables - es decir el capitalismo - y los sistemas no aceptables, cuya emergencia fue contrarrestada con la represión interna o internacional.

El poder extranjero fue percibido como antinación en aquellas situaciones en que la comunidad política nacional no podía constituirse mientras estuviera bajo la férula externa; en cambio, las relaciones pactadas fueron más frecuentes en aquellas sociedades cuyo poder económico y cuya organización estatal permitían controlar el alcance de la dependencia.

La constitución de la sociedad nacional se ha estado realizando en la mayoría de los casos, con una cierta debilidad del nacionalismo en el plano de la ideología. Este difícilmente podía apelar a alguno de los valores que le dieron sostén en otros procesos, como ser la identidad lingüística o la identidad étnica. La lengua española era común a la mayoría de los países de la región y solo fue un factor favorable en el caso brasileño. En las sociedades con pervivencia de lenguas indígenas se siguió postulando por una parte la desaparición de dichas lenguas; por otra, la constitución nacional sobre la identidad cultural de los "vencidos" -propuesta que se desprende de la afirmación de los grupos excluidos - suscita un tipo de enfrentamiento de difícil solución. Uno de los casos en que la lengua originaria tuvo un papel central en la constitución nacional es sin duda el de Paraguay, donde se logró un generalizado bilingüismo español-guaraní.

La historia ha desempeñado el papel clave en la ideología nacionalista, como se demuestra en la permanente evocación de la etapa heroica de la independencia y en el papel de las fuerzas armadas, que han llegado a verse a si mismas como continuadoras de las fuerzas que lucharon por la independencia, y que hoy se sienten garantes de ella.

La debilidad de los componentes ideológicos de los valores nacionales le han otorgado al propio proceso de participación y a la constitución de una comunidad política el rol central de sostén de la identidad nacional, por lo que dicho proceso no ha podido ser negado, en el plano del discurso, ni aun por los regímenes más autoritarios y antiparticipativos.

La noción de sociedad nacional como igual a sociedad democrática se plantea desde los discursos fundacionales, y explica la permanente dificultad del poder para negar ciertas participaciones que se suponen asociadas a democracia (como es el caso de la educación); explican también

la revolución de las aspiraciones que experimenta la sociedad, la que genera una dinámica permanente de presión y satisfacción de demandas. Parafraseando una frase de Medina Echavarría, puede decirse que la participación como aspiración se ha transformado en la participación como fatalidad.

El caso de Uruguay constituye un ejemplo extremo de identificación entre nación y democracia, lo que explica la fuerza de la sociedad frente al Estado y la permanencia de los valores políticos participativos a pesar de las experiencias de autoritarismo.

Orientar o canalizar esas demandas de incorporación a la nación constituye una de las funciones más relevantes realizadas por los Estados en los períodos precedentes. Esto ha llevado a educar masivamente para internalizar valores nacionales, a promover participaciones controladas y a canalizar expectativas de movilidad social, y también al manejo de la simbología participativa en procesos de comunicación entre las masas y las elites emergentes, que buscan un poder conquistable con el apoyo popular.

La constitución de un modelo de nación se realiza paralelamente con la crisis del poder de la oligarquía y con la generalización de una organización económica que representa un capitalismo ascendente y un acelerado proceso de acumulación (cuando no de acumulación expoliatoria de los sectores populares). Parece importante destacar que la generalización de las formas capitalistas se produce en ausencia de un grupo dominante capaz de desarrollar un sistema de poder y una ideología legitimadora congruentes con la acumulación económica que el capitalismo exige. Con la excepción de Colombia, no se ha dado en América Latina la continuidad de grupos sociales dominantes que hayan ejercido el poder sin estar sujetos a violentas contestaciones o sin precisar alianzas contradictorias para conservarlo. Más aún, estas tres décadas de difusión e imposición de modelo económico capitalista son precisamente aquellas donde se han registrado las más grandes movilizaciones sociales, los más importantes procesos revolucionarios, las fracturas sociales internas más aguzadas y los intentos de crear nuevas modalidades de organización social no basadas en el capitalismo, o al menos en las formas puras de concentración capitalista que suponía precisamente su implantación en la región. La misma

apelación a la violencia como forma de control social por parte del Estado es indicadora de la enorme dificultad que tiene el poder para lograr convencer a la sociedad de lo aceptable del modelo económico y social, a la vez que señala la enorme capacidad de movilización de las fuerzas sociales, las que, por diversos motivos y en diferente escala, se oponen a los corolarios sociales y políticos, cuando no culturales, del modelo de acumulación capitalista.

Básicamente son tres las grandes opciones que se constituyen en el modelo de nación: la capitalista, la socialista y la reformista.

La contradicción entre la generalización de nuevos modelos capitalistas y el conflicto social tiene como precedente la que conoció Europa entre las dos guerras mundiales. Sin embargo, en el caso europeo el tema de la constitución nacional afecta la periferia de Europa y no a los países de mayor desarrollo capitalista, y en estos últimos las opciones relevantes de capitalismo y socialismo tienen como sostén clases sociales constituidas - burguesía y proletariado - con una larga historia previa de conformación y de luchas sociales.

La opción capitalista en América Latina se adopta por la vía factual y en virtud de una acción preponderantemente estatal, vinculada al capitalismo internacional. Las políticas concretas se aplican mediante instrumentos legales y económicos, en condiciones de concentración de los ingresos, con control de las reclamaciones salariales y de las organizaciones de los asalariados, y mediante la constitución de un mercado de consumo restringido, para productos industriales sofisticados. Sin embargo, dicha opción no es la manifestación de una burguesía en ascenso, sino de un papel desempeñado por el Estado: ayuda a dar forma al capitalismo y establece sus reglas de funcionamiento, pero no promueve valores coherentes con el modelo. Más aún, como luego se verá, y dada la necesidad de estar pactando para conservar el poder y para asegurar los mecanismos de integración nacional, adopta políticas sociales que crean desequilibrios en la coherencia del modelo capitalista.

La opción socialista ha sido muy fuerte y vigorosa a nivel intelectual. Sin embargo, se vio limitada por la escasa proporción de proletariado en las sociedades latinoamericanas, por la difícil comunicación entre el proletariado y masas campesinas afectadas por dependencias personalizadas y tradicionalismo valórico, y por los mismos mecanismos de movilidad social ascendente por cambio estructural, que limitaron la constitución de una memoria colectiva en el sector proletario. De ahí que la opción socialista pura haya tenido muy poco arraigo en la región, y generalmente haya emergido como resultado no esperado de procesos populares nacionalistas que adoptaron esta opción en la práctica a partir de la intencionalidad del Estado y no de una movilización social tendiente a establecer dicho modelo.

A pesar de la limitación de la opción socialista en estado puro en cuanto a la constitución de nuevos modelos de nación, ésta ejerció una fuerte influencia, por la vía de las clases medias, en las opciones reformistas. Estas últimas han sido variadas y abundantes. En algunos casos estuvieron vinculadas a proyectos de destrucción oligárquica y movilidad social; en otras, actuaron de sostén de la concepción democrática de nación, y en otras más resultaron de la fusión de ideologías de organización social - propias de etapas avanzadas de capitalismo nórdico - con las aspiraciones de ascenso social de clases medias de tipo técnico, que aspiraban a lograr simultáneamente un mayor desarrollo económico, la creación de la sociedad nacional y la disminución de los costos sociales del modelo capitalista dependiente.

Las opciones reformistas tuvieron a su favor la capacidad de identificar su proyecto con la identidad (en términos de "pueblo") que sentían como suya los sectores populares y medios en el proceso de modernización y participación en la nación. Al igual que el populismo, el reformismo parecía capaz de superar las contradicciones y satisfacer simultáneamente las aspiraciones de diversos grupos diferenciados y estratificados.

Cualquiera de las opciones descritas tenían como bases sociales los sectores ya incorporados al mercado, y dejaban afuera a masas campesinas y sectores subproletarios que fueron alternativamente manipulados o movilizadas como apoyo de una opción o de otra, en circunstancias que mantenían su condición de no partícipes en la sociedad nacional, en el sentido de sistema que implica mínimos derechos y satisfacciones para todos los integrantes.

2. Desarrollo y opción nacional

Junto a los problemas de la construcción nacional, se constituyó como principal preocupación en el ámbito político y cultural el tema de las alternativas económicas. En cierta perspectiva el "desarrollismo" puede concebirse como una forma de plantear en dicho ámbito el problema de la nación. Una breve visión de la propuesta desarrollista da cuenta de los puntos principales de la discusión.

En primer término, esta propuesta pretendía dar respuesta a uno de los problemas que más afectaba a la integración social de la nación: el problema del campesino. El "dualismo estructural" era percibido principalmente como una contraposición entre campo y ciudad, la que, en caso de persistir, podía implicar no sólo graves obstáculos al proceso de modernización sino la consagración de una peligrosa fractura que atentaba contra la unidad nacional. Era necesario por consiguiente transformar la estructura agraria, y de manera muy especial la estructura social, que aparecía vinculada a la forma de propiedad de la tierra. Se ponía de relieve, además, que de no modificarse la estructura agraria era posible el surgimiento de conflictos que harían peligrar la futura estabilidad política.

Respecto a los grupos obreros urbanos, se esperaba que, incorporados a la disciplina industrial y organizados política y corporativamente, formaran parte de un sistema institucional que haría posible resolver dinámicamente los conflictos. Por otra parte, se cifraban grandes esperanzas en el desarrollo de los sectores medios, a los que se les atribuía la capacidad de actuar como factores de estabilización y de atenuación de conflictos.

Se esperaba que el proceso de desarrollo corrigiera las marcadas diferencias en términos de distribución del ingreso, que provocaba excesiva desigualdad entre los distintos estratos sociales. En cierta medida, la pirámide de ingresos expresaba la pirámide social, con una fuerte acumulación de riqueza en el vértice superior -que incluía a un sector reducido de la población- y con una amplia base que representaba a grupos muy desfavorecidos. La imagen de la pirámide contrastaba con

la aspiración a una sociedad más homogénea, con un número importante de estratos medios que darían el tono de la sociedad moderna que se quería lograr.

Para esta propuesta nacional, dos aspectos aparecían como claves: el contar con un Estado moderno que pudiera servir de instrumento eficiente para promover los cambios necesarios, y el disponer de un grupo social que actuara como agente dinámico de la modernización. El Estado debía desempeñar un doble papel, por una parte, debía contribuir a acrecentar el capital social indispensable para el proceso de desarrollo, concretamente mejorando la deficiente estructura de salud, habitación y educación. (La educación era considerada una dimensión estratégica, dado que se pensaba que a través de ella podían generarse las calificaciones necesarias para una actividad económica de tipo moderno, como también introducir las nuevas pautas de conductas que la modernización requería). El Estado también debía, por otra parte, promover directamente el desarrollo, para lo cual era necesaria la formación de una tecnoburocracia eficiente y la introducción de un considerable grado de racionalización en la actividad estatal.

Respecto al grupo social que podía dinamizar el desarrollo, se esperaba que éstos fueran los empresarios, y particularmente los empresarios industriales. Se hacía gran hincapié en los rasgos psicosociales de los empresarios y en el tipo de conductas económicas que se desprendían de sus expectativas de beneficios, aunque no faltaban consideraciones de tipo más estructural, tales como las relativas al carácter monopolístico de la industria existente, que traía consigo dificultades para crear nuevas industrias.

El carácter nacional de la propuesta desarrollista se acentuaba porque se pretendía recuperar grados de autonomía frente a la dependencia externa, principalmente mediante procesos de recuperación del control nacional de sectores claves de la economía. No es del caso repetir aquí los avatares de la "propuesta desarrollista", pero vale la pena recordarla porque, frente a la crisis del "modelo de apertura externa", que intentó reemplazarla, no es infrecuente escuchar la idea de retomar el camino abandonado.

El primer hecho que debe tenerse en cuenta es el del agravamiento de algunos problemas, principalmente el de la ausencia de equidad. El tipo de desarrollo vigente, aunque puede haber elevado para muchos sectores los niveles de vida, no ha corregido la desigualdad, sino que la mantiene y aún en algunos casos la aumenta, sobre otras bases. Allí donde se generaron sectores modernos productivos, éstos tuvieron, en términos de demanda, un destino selectivo: satisficieron especialmente a los sectores altos, dando origen a una fuerte desviación de la estructura productiva en relación con el ingreso medio. Como ha señalado Aníbal Pinto, se ha procurado reproducir la estructura de oferta de la "sociedad opulenta de consumo" -cuyos niveles de renta alcanzan entre 2 mil y 4 mil dólares por habitante, y que además tienen una base amplia y diversificada de producción- en países que carecen de esta última y cuyos ingresos medios fluctúan entre 500 y menos de 1 000 dólares. Como es evidente, tal tipo de producción exige la concentración de la renta.

La tendencia a la concentración de la renta aumenta la desigualdad social, y ésta se agrava por la manifiesta heterogeneidad estructural de la economía latinoamericana. En el seno de cada sector económico se presentan diferencias en cuanto a niveles de productividad debido a la diferente capacidad de absorción del progreso técnico y al tipo de relaciones sociales predominantes. Como es obvio, las formas más regresivas en cuanto a distribución del ingreso se dan en las partes más primitivas de cada sector económico. Además, no cabe esperar que los segmentos más desarrollados de cada sector puedan ejercer un efecto de transformación positiva del conjunto; de acuerdo con Prebisch, el potencial de acumulación de capital que genera la mayor productividad se disipa en la sociedad de consumo, o bien es succionado por los centros económicos. Por otra parte, la gran masa de fuerza de trabajo de escasa productividad y poca eficacia influye para mantener bajos los niveles de salarios.

De este modo, no obstante que puede señalarse que en muchos países de la región se ha dado un impulso a la industrialización, tasas elevadas de desarrollo en algunas oportunidades y también cierta difusión del progreso técnico, es posible constatar que hay grandes masas, especialmente en los estratos inferiores de la estructura social, que quedan excluidas de los frutos del desarrollo.

Conviene subrayar dos cosas. Una es que la desigualdad existente es en cierta medida el resultado del proceso mismo de modernización; y la segunda, que no se trata de la permanencia de un dualismo estructural, sino que lo que se ha constituido es una heterogeneidad estructural que afecta a todos los sectores.

Los datos más relevantes de la transformación experimentada pueden resumirse del modo siguiente:

1. Se ha producido un extraordinario aumento de la población, que en sí mismo plantea problemas diferentes a los de la situación anterior.
2. La región puede definirse en el presente -y en el futuro próximo- como esencialmente urbana.
3. En términos de estructura económica, se observa lo siguiente:
 - a) existencia de un mercado nacional que, aunque en forma desigual y discriminadora, incorpora a la mayoría de la población;
 - b) producción industrial de bienes, con una cierta capacidad de ese sector -a pesar de las distorsiones- de articular a otros sectores de la economía;
 - c) cambio en las relaciones de tamaño y poder de las unidades productivas, con la conformación de grandes unidades;
 - d) incremento en el empleo industrial y también en el terciario, donde surge, junto con el desarrollo de un sector de servicios de baja productividad, un "terciario moderno";
 - e) mano de obra calificada, vinculada al sector de "economía moderna" con sistema de relaciones laborales, sindicatos, organizaciones intermedias, etc.
4. En relación con la estructura de poder, tiene innegable significación la presencia de las masas, que actúa como elemento importante en la estructuración de alianzas para formular alternativas políticas viables. La imposibilidad de dar respuesta a la movilización de masas da origen a menudo a formas represivas donde el estamento militar adquiere un poder preponderante. El tema de las masas pasa a ser decisivo en el problema de la constitución del Estado y del carácter de la nación.
5. Respecto de las formas de estratificación social, pueden destacarse los siguientes aspectos:

a) hay diversificación de los campesinos, lo que se vincula a la transformación de la estructura agraria y muy particularmente al surgimiento de formas distintas a la tradicional oposición minifundio-latifundio. En torno a las grandes empresas agrícolas ha surgido un importante grupo de asalariados, así como grupos de trabajadores agrícolas "nómades" (las "boias frias" de Brasil), sin que por ello pierdan significación los minifundistas o los colonizadores de nuevas tierras. Estas transformaciones suponen un cambio en el tipo de relación del campesino con la tierra y más particularmente en el posible tipo de demanda -y la consiguiente movilización- del movimiento campesino. No se ha prestado suficiente atención al surgimiento de una "clase media agraria" o a la presencia de un nuevo empresario agrícola, también muy distinto al "patrón de fundo" tradicional;

b) en cuanto al proletariado urbano (industrial), en algunos casos se ha llegado a señalar que éste disminuye en términos porcentuales, aunque obviamente el fenómeno de cesantía tiene importancia en tal apreciación. No obstante, su crecimiento parece no ser tan acelerado como en los años cincuenta y sesenta. Lo que sin lugar a dudas puede señalarse es la transformación interna de los sectores obreros, y dentro de ella, especialmente, un alto grado de diversidad en cuanto a niveles de salarios, formas de organización, tipos de calificación, etc. debido a la inserción en un sector industrial caracterizado por su heterogeneidad y por la consiguiente coexistencia de industrias modernas y otras organizativa y técnicamente atrasadas. Cabe señalar además que como grupo aparece diferenciado del llamado "sector informal", cuyo peso en muchos casos parece ser decisivo, lo que dificulta la posibilidad de considerar a los obreros industriales como el centro que define el tipo de relación de los "sectores populares" con el conjunto de las clases;

c) los sectores medios han experimentado -tal como se ha señalado repetidas veces- importantes cambios. Es así que se habla de "antigua clase media" y "nueva clase media". Tal vez más importante que las transformaciones cuantitativas de sus distintos estratos sea el cambio en la importancia cualitativa de los mismos y el surgimiento de nuevos grupos "claves", entre ellos los tecnoburocráticos, tanto en el área de las

actividades estatales como en el área privada. Lo significativo es que se da una cierta circulación entre ambos sectores y una ideología común en la que predominan las visiones del tipo "empresarial privada". El hecho es de interés, puesto que el grupo tecnoburocrático formado en el proceso anterior respondía a una ideología de "función pública" autónoma. También son de interés las transformaciones en los grupos intelectuales y particularmente en los universitarios: el predominio de los "intelectuales críticos" cuenta al menos con una contraparte "cientificista" o "tecnocratizante", ligada al desarrollo de determinadas profesiones o a un cambio en las orientaciones de éstas. Los grupos vinculados a servicios "tradicionales", como salud, educación, etc., (incrementan participación en la PEA y pierden prestigio). Se desarrolla además una clase o sector medio ligado a la empresa privada, y que tiende a asumir la ideología de los grupos más altos y poderosos. La existencia de una "pequeña burguesía" semi-artesanal tiene características distintas a su equivalente de los años cincuenta. En suma, el problema del grupo hegemónico en el interior de los sectores medios es clave para entender el comportamiento del conjunto;

d) entre los grupos empresariales es necesario tener en cuenta la transformación y desaparición de la "oligarquía rural", y la conformación de un empresariado moderno en ese sector, así como la estrecha vinculación entre los sectores financiero e industrial, y financiero y comercial. En muchos casos, el carácter especulativo de la economía ha significado el predominio del capital financiero, con la consiguiente subordinación de los otros sectores. Por último, es de enorme importancia la vinculación externa, que ha agudizado la dependencia financiera y también la orientación económica general;

e) conviene agregar a las consideraciones respecto a los cambios en la estratificación social dos fenómenos significativos: el nuevo papel de las mujeres y la importancia que adquiere la presencia de los jóvenes. En relación a la primera, su incorporación a la vida económica, social y política es de innegables consecuencias. Su peso en algunos de los sectores de la estructura ocupacional, los servicios por ejemplo -y no sólo servicios personales tradicionales, sino la educación, la salud, etc., y también en el "terciario moderno"- implica transformaciones en la

conducta de los grupos, así como en sus demandas y aspiraciones. El fenómeno es similar en el estrato obrero y en los estratos populares en general. Respecto a la significación de los jóvenes, es extraordinariamente relevante la llamada "distancia generacional" donde la diferencia en términos de nivel educativo respecto a los adultos es el hecho más evidente. En este caso, el acceso a mayor educación -por su masividad- no se traduce en un proceso de movilidad individual, sino que afecta al conjunto del estrato o clase, planteando problemas muy ajenos al clásico tema de "cambio en la estratificación por movilidad educacional y ocupacional".

6. La dimensión externa actúa, como es obvio, sobre la estructura económica, social y política de América Latina. Ha cambiado la situación geopolítica de la región en el contexto internacional, y ésto influye en el tipo de políticas aplicadas en la región por las potencias mundiales en pugna. El caso más expresivo es en estos momentos Centroamérica, pero el fenómeno también se manifiesta en otros contextos. No deja de ser importante que los conflictos internos entre grupos y clases sociales sean muchas veces asumidos desde esa óptica.

Además, la articulación con el capitalismo externo ha cambiado. Hoy se suman a las formas tradicionales de presencia nuevas modalidades, como el fenómeno de las transnacionales, la introducción de la industria técnica avanzada, la presencia directa o indirecta en el sistema financiero privado, la rearticulación de las relaciones de exportación e importación de las economías, etc. En muchos casos, la intención de algunos grupos internos de encontrar una nueva forma de articulación con el exterior les ha impuesto profundos cambios y transformaciones internas, que se expresan en un reordenamiento de las relaciones entre dichos grupos, tanto en términos de poder social y político como en términos económicos.

La "apertura externa" ha tenido además como resultado una modificación de los patrones de consumo, lo que ha dado origen a la denominada "sociedad privilegiada de consumo", pero también a la difusión masiva de otros consumos baratos, que incide en los patrones de comportamiento de las clases y grupos, y también en el carácter de sus demandas. Estos patrones se refuerzan a través de la influencia cultural y su difusión

masiva. El fenómeno de las "escuelas", la de Chicago, por ejemplo, (aunque se podrían citar otras), es un tema de gran interés.

7. Por último, es necesario tener en cuenta que el tiempo en que transcurren las transformaciones estructurales en América Latina es un tiempo relativamente corto, si se tiene en cuenta que, por definición, las modificaciones en la "estructura" son procesos de lenta maduración. Por otra parte, se produce además un fenómeno de "acumulación de tiempos históricos", en el sentido de que en un momento determinado confluyen una serie de problemas y procesos que en otras experiencias -la europea particularmente- se plantearon en momentos distintos, y cuya resolución sucesiva dió la posibilidad de construir una base a partir de la cual asumir nuevas opciones. Por consiguiente, se da una situación de inestabilidad de las clases sociales y de la estructura, debido a los cambios acelerados de la estructura económica; no son ajenas a ello las influencias externas -debido al fenómeno de dependencia- ni tampoco el efecto de los cambios políticos, que muchas veces implican transformaciones que afectan a la estructura social.

3. Sociedades en proceso de cambio

En el punto anterior se señalaron las grandes líneas de cambios en la estructura y la estratificación sociales que han sido, además, observadas en detalle en los documentos presentados al Seminario. Corresponde ahora introducir la noción de proceso porque ésta tiene una significación social similar o superior a la de la mera comparación de las estructuras a comienzo y al fin del período.

Los cambios se producen en un lapso muy breve -el de una generación- y ellos inciden no sólo en variables específicas tales como la ocupación, sino que afectan a la totalidad de la estructura social comenzando con los valores hasta llegar a la noción del marco social (en sentido antropológico) de los procesos que afectan a los individuos y a los grupos.

En procesos históricos equivalentes en sociedades hoy desarrolladas, era muy clara la existencia de una estructura social inicialmente integrada, de un proceso de transición, dislocamiento y anomia, y de grupos sociales definidos, portadores de proyectos que anticipaban la sociedad futura. En último término, éste fue el esquema que el pensamiento sociológico, desde Comte a Marx, pasando por Durkeim y Max Weber, elaboró como interpretación del cambio social en los países europeos.

Lo importante en América Latina es que el punto de partida no es una sociedad integrada, sino una sociedad sociológicamente caracterizada como dual, en un intento de explicar la coexistencia, en el mismo tiempo y espacio, de tiempos sociales diferentes, cuya ordenación era sin duda bastante más diversificada que lo que la noción de dualismo intentó expresar. Esa estructura social previa difícilmente podía constituirse en referente de una acción social, y la extrema deprivación de los grupos inferiores no podía llevarlos a idealizar un pasado que sirviera de base para postular un futuro. En la constitución de las clases sociales y de su memoria colectiva tampoco estaban presentes los grupos organizados de una estructura social precapitalista en condiciones de formular proyectos. Así, por ejemplo, en la constitución de la clase obrera -a excepción del Cono Sur- no figuraron los artesanos reivindicadores de una dignidad del trabajo y difusores de una ideología socialista que

postulara la superación del caos social y de la inequidad introducidos por el capitalismo. De igual forma, la vasta categoría de campesinos independientes, de artesanos y comerciantes que dieron sustento a un capitalismo inicial y que posteriormente resistieron la concentración, la tecnología y la modernización (pensar en el poujadismo francés) no tuvieron la misma significación como movimientos sociales en América Latina. La clase obrera en la región se constituye en forma aluvional y sin tener en general posibilidades de organizar una memoria colectiva, mientras que las clases medias resultan de la agregación de distintos grupos que se expanden, se consolidan o retroceden en una dinámica acelerada, siguiendo las líneas del cambio estructural.

Pero tampoco se puede hablar de la difusión de modelos sociales anticipatorios sobre las sociedades de llegada. Como ya se dijo, el proceso capitalista en América Latina careció de una ideología que afirmara en términos de valores su implantación, y debió recurrir alternativamente a cuadros ideológicos premodernos, que introducían una racionalidad contraria a la que suponía la generalización de las formas capitalistas, y a un reformismo incongruente con los mecanismos con los que se estaba realizando la acumulación, por lo que el discurso no correspondía en ninguno de los dos casos a las prácticas sociales.

En el período no sólo cambian los grupos y la posición de los grupos en el sistema; es la propia sociedad la que está en movimiento hacia un futuro modelo no bien definido, en relación al cual no se establecen los mecanismos de comunidad política que permitan establecer reglas participativas para un mínimo acuerdo sobre estilos de desarrollo.

En el transcurso de treinta años la población cambia su posición espacial con la urbanización, saltando en algunos casos de condiciones propias del siglo XVIII y del siglo XIX a espacios sociales urbanos nada diferentes a los de las sociedades más desarrolladas; cambia de ocupaciones agrícolas o de producción de bienes con tecnología limitada a ocupaciones industriales de tecnología avanzada y a ocupaciones de los sectores de servicio de apoyo a la producción, o a los servicios sociales y comunales; cambia de niveles culturales de analfabetismo a difusión masiva de niveles educativos medios y superiores que hasta mediados del siglo habían estado reservados a las élites; cambia de

las comunicaciones personalizadas -y de dependencia personalizada- a las comunicaciones masivas, ya sea por intermedio de la radio y la televisión o de los sistemas que se establecen en los vastos conglomerados humanos de las instituciones educativas o de las organizaciones económicas; finalmente, y para no alargar esta enumeración, se producen cambios en los consumos, paralelos a la internacionalización de las sociedades, cuya magnitud no está en discusión independientemente del juicio que merezcan.

En este proceso de cambio, la parte moderna preexistente de la sociedad es muy pequeña como para asimilar a la masa de recién llegados y transmitir patrones de socialización y de asimilación (la constitución de las ciudades es un claro ejemplo). Paralelamente, las familias ven afectada su capacidad de socialización por la enorme distancia entre la experiencia adquirida y la realidad, y entre la escasa educación de los socializantes y la alta educación de los presuntamente socializados, lo cual incide en rupturas generacionales que pudieron percibirse como más intensas que las rupturas entre grupos sociales.

En estas sociedades en proceso, los mecanismos de integración a la sociedad moderna que intentaba emerger se mostraron sumamente contradictorios. Algunas dimensiones, como la educación y la cultura, fueron muy accesibles en comparación con otras: incluso ciertos sectores populares pudieron considerar que lograban participar e influir en el poder cuando obtenían servicios educativos. Paralelamente, la integración a la comunidad política fue una experiencia llena de frustraciones, que en algunos casos no se dio y en otros conoció participaciones simbólicas o participaciones efectivas seguidas de violentas exclusiones. Por último, en materia de ingresos se constituyó una especie de "proletariado externo" formado por minifundistas y subproletarios urbanos cuya marginalidad fue más notoria en la medida en que se incrementó el ingreso promedio de la población, mientras que los grupos integrados al sistema conocieron la ambivalencia de etapas de logros y repliegues en cuanto a la participación en los frutos del crecimiento económico.

Una parte considerable de la reflexión social de los años pasados intentó analizar comportamientos e ideologías previsibles de las clases

sociales, prestando escasa atención a las dificultades de constitución de clases sociales en el marco de un proceso de cambio como el que se está señalando. La teoría sociológica sobre las clases sociales se elaboró en relación a estructuras históricas en las que las distancias entre el universo proletario, el campesino y el burgués parecían infranqueables, en las que el poder era en forma explícita el representante de una clase social, y en que los grupos expropiados por el capitalismo tenían que conquistar en prolongadas luchas sociales derechos tan básicos como el del voto, la educación, la salud, etc.

En América Latina, el poder pocas veces se manifestó en forma explícita como representante de una clase social, y el cambio estructural antedicho creó percepciones de permeabilidad del sistema de clases, todo lo cual ha influido en la lentitud en la constitución de clases sociales definidas y en el predominio de los grupos de accionar contradictorio en estas especies de protoclases sociales.

En la constitución de identidad, en términos de grupos, en América Latina parecen haber influido distintos factores. En un primer nivel, puede señalarse que la propia movilización de la sociedad, y la movilidad por cambio de estructura, han determinado un acceso reciente de los sujetos a los grupos de que forman parte, una satisfacción con los logros obtenidos, al compararlos con el punto de partida, y expectativas de futuras etapas de movilidad. Como los ingresos sociales (servicios de educación, con salud y alimentación incluidos, generalización de atención preescolar etc.) son aún poco importantes en relación a los ingresos monetarios, las formas de reivindicación colectiva no han tenido oportunidad de organizarse en este sentido mientras que la incertidumbre que crea la propia dinámica de la estructura social en un proceso de participación contradictorio tiende a exacerbar aspiraciones a consolidar lo adquirido, cuando no a generar tendencias corporativistas.

En un segundo nivel, la heterogeneidad estructural incide negativamente en la solidaridad de clase. Externos al sistema, y como un peligro potencial para los incluidos, figuran los campesinos y los marginales-urbanos habría que pensar como esto influyó en la generalización de la percepción en términos de lumpen. Por otra parte, en el estrato de clase obrera, la misma heterogeneidad obligaría a hablar de clases obreras,

dadas las distancias que median entre aquellas incluidas en los sectores de alta tecnología, detentando educación avanzada e ingresos relativamente superiores, y los sectores obreros de producción fabril y de pequeños talleres de industrias residuales. En las clases medias, las distancias no son menores entre los técnicos de educación universitaria integrados al Estado y a los sectores económicos más dinámicos y portadores de una racionalidad contraria a las ineficiencias y contradicciones del sistema, y categorías tales como las de pequeños comerciantes y artesanos, amenazadas por la transformación estructural y seducibles por un discurso ideológico contrario a la modernización capitalista de las sociedades. Entre los empresarios, las distancias son cada vez mayores, y los intereses contrapuestos, desde los extremos de aquellos que están asociados al capital extranjero hasta los que producen bienes tradicionales para el mercado interno.

Estos grupos teóricamente integrantes de clases sociales, no sólo se contraponen por heterogeneidad estructural, sino por la oposición entre proyectos vinculados a la modernización capitalista y otros contrarios, apuntalados en los segmentos más tradicionales y también menos partícipes en la distribución de los ingresos provenientes del crecimiento.

Lo ideológico no siempre ha correspondido a las líneas de heterogeneidad estructural. Por una parte los valores políticos y sociales de origen oligárquico centrados en la noción de exclusión y negación democrática -como diría Francisco Marshal- han persistido más allá de la vigencia del poder de la propia oligarquía y han encontrado en sectores intelectuales, religiosos, militares, y en general en los grupos amenazados por la dinámica de cambio, un sostén para su permanencia y difusión. A ello se agrega que las exigencias de la acumulación económica, a falta de un grupo generador de una ideología más adecuada, han recurrido a aquella vieja ideología, creándose extrañas fusiones de lo arcaico con lo moderno. Así, la concentración de poder necesaria para la acumulación fue revestida de discursos que vinculaban subversión con ateísmo, con racionalismo y con igualación de sexos, y el lenguaje de nación y antinación se implantó en momentos en que las comunicaciones y la participación en mercados estaban haciendo necesaria una solidaridad

nacional. En el mismo sentido, la apelación a las ideologías de conflicto Este-Oeste en el seno de las comunidades políticas nacionales es otra manifestación, por una parte de dependencia ideológica, pero por otra de inadecuación del discurso a las necesidades del proceso de integración político y económico nacional.

Cabe señalar en otro plano, la consecuencia ideológica del papel que ha tenido la especulación en la acumulación económica. Al igual que en otras etapas históricas de afirmación del capitalismo industrial y de profundos cambios estructurales, la especulación constituyó la gran alternativa de grupos de poder económico que dejaron de definirse por el dominio de la tierra o por el control de medios de producción. Carentes de proyectos para legitimar en el largo plazo su dominación en las sociedades intentaron lograr aceleradas acumulaciones, apelando a la especulación, desde la urbana hasta la financiera.

Esos grupos precisaban una disponibilidad permanente de capital, que aplicaban alternativamente a la compra de moneda extranjera, de tierras o empresas o al control del sistema financiero nacional. Como la especulación sólo es posible logrando una apropiación del Estado para respaldar y obtener los instrumentos con que realizarla, esos grupos llevaban a cabo procesos de captación de estamentos militares que desde el poder, les entregaban el manejo económico; a modo de reciprocidad, asumieron entonces el papel de legitimadores y difusores de ideologías expresivas del conflicto Este-Oeste y de aquellas otras formas ideológicas que rechazaban las consecuencias sociales, culturales y políticas del proceso de industrialización y de generalización de los modos capitalistas.

Todavía en otro plano, se puede señalar que el discurso político anti statu quo, al no tener presente la naturaleza del proceso de cambio social, al no encontrar un proletariado dispuesto a ser el portador del proyecto socialista, comenzó a buscar en los grupos más relegados con la generalización del capitalismo -es decir campesinos y marginales urbanos- las clases portadoras de un proyecto revolucionario puro y duro que, en forma antagónica y total, enfrentara al capitalismo, en circunstancias que éstos eran precisamente los grupos sociales menos integrados a su dinámica. Los logros limitados de esa metodología dieron

base a una exasperación ideológica de los sectores medios intelectuales y a intentos de conquista armada del poder, cuyo resultados son de todos conocidos.

El conjunto de fenómenos anotados estaría en la base de lo que ha sido percibido como una especie de esquizofrenia del comportamiento social, y que no es otra cosa que el resultado del proceso de cambio y de la autonomía de las variables surgidas de las contradicciones sociales.

Al nivel de los comportamientos de los grupos sociales, predominan las tácticas, en lugar de las estrategias, y las uniones circunstanciales para dar solución a problemas específicos, lo que explicaría que, en lapsos breves, los mismos grupos asumieran orientaciones claramente opuestas. Esta es por excelencia la situación de ciertos grupos sociales medios, y también las de grupos burgueses oscilantes entre la ideología y la racionalidad económica.

La falta de continuidad de los sistemas políticos democráticos y la escasa participación efectiva en muchos de ellos no han permitido crear las condiciones de estrategias sociales en el largo plazo, y menos aún encontrar una forma regular de dirimir los conflictos entre los intereses y los proyectos de los distintos grupos sociales. El voluntarismo de un ejercicio de poder que considera que puede perpetuarse indefinidamente, y que cree tener una capacidad absoluta de cambiar la sociedad (rasgos que suelen predominar en este período), es a contrario sensu una manifestación de la inarticulación social y de las debilidades que aún persisten en la expresión de la nación como comunidad política.

4. ¿Es viable un nuevo "proyecto nacional"?

Como es evidente, uno de los rasgos de mayor interés en la estructura social latinoamericana es el grado de heterogeneidad que alcanza. Esta diversificación en la estructura social es un fenómeno bastante común en los procesos de modernización, pero generalmente fue contrarrestado por un proceso paralelo de homogeneización en cuanto a formas, niveles y estilos de vida. Es decir, si dentro de cada clase social podían distinguirse un cierto número de estratos, no obstante se mantenía una identidad, debida a los factores apuntados, en el conjunto de la clase. En el caso latinoamericano, la diversidad no encuentra un factor de recomposición que comprenda a todos los grupos sociales.

Por otra parte, es difícil postular la existencia de un grupo social poseedor de un proyecto, tanto en el orden económico como político, capaz de movilizar tras él un conjunto significativo de grupos sociales. Esta dificultad queda de manifiesto si se piensa en el carácter de los partidos políticos latinoamericanos (que, la mayor parte de las veces, expresan a grupos sociales muy heterogéneos) o en la permanencia de liderazgos carismáticos, que aparecen como la única solución al particularismo inherente a los distintos grupos sociales. El riesgo permanente de la política latinoamericana es la tendencia al corporativismo, si no en la organización misma del Estado, por lo menos en la forma de comportamiento de los grupos sociales.

Estos tienden a concebir su conducta en forma similar a la de los "grupos de presión", - abandonando en manos de la burocracia del Estado la necesidad de postular políticas generales - o intentan, en la medida de lo posible, articular un conjunto de demandas que muchas veces son contradictorias.

Obviamente que este problema no es nuevo en América Latina. Hace ya bastantes años Francisco Weffort señaló que lo que caracterizaba a dos países importantes de la región, Argentina y Brasil, era el hecho de que la crisis de la dominación oligárquica no pudo ser resuelta en términos de una nueva clase

social que cumpliera una función hegemónica en la conducción del proceso económico y político de la nación. El poder se constituía a partir de una inestable alianza entre fracciones de clases, cuya legitimación se obtenía gracias a un recurso a las masas, las que aparecían indiferenciadamente como "pueblo". Tal situación parece mantenerse en muchos países de la región, pero no es tan claro que aún sea posible el recurso a una masa indiferenciada que aparezca como legitimadora del sistema.

Es muy probable, entonces, que en ausencia de una clase portadora de un proyecto social, las respuestas deban ser muy coyunturales. En concreto, se trataría de dar respuesta a las dimensiones más urgentes de la crisis política y económica actual buscando responder a las demandas inmediatas de los distintos grupos.

No es por acaso que las propuestas sobre "nuevos estilos de desarrollo" tengan por eje el tema de las insatisfacciones respecto al modelo vigente, y a nadie escapa que estas insatisfacciones, aunque generalizadas, pueden obedecer a motivaciones muy distintas. La alianza social, al parecer inevitable, puede surgir desde una postura puramente reactiva, pero también puede constituirse con una base más pragmática. Ciertamente que la propuesta de modernización no es una propuesta absolutamente periclitada en nuestros países, y la tesis de "crecimiento cero" no parece tener demasiados adherentes. Sin negar la necesidad de una dinámica de desarrollo, parece no obstante que éste no se puede postular sin incorporarle con una misma prioridad las dimensiones de equidad, mayor autonomía nacional y un grado importante de participación económica social y política. Es en torno a una propuesta de ese tipo que corresponde pensar en una alianza que dé origen a un "nuevo proyecto nacional".

Es evidente que lo que se está postulando es el predominio de una voluntad política por sobre los intereses corporativos, lo que lleva a preguntarse por la capacidad de creación política de los distintos grupos y clases sociales y asimismo por la forma que puede asumir el Estado como expresión de la alianza y como instrumento político.

¿Es posible concebir un Estado - sin caer en la reificación del mismo - que logre controlar el particularismo inherente a la sociedad civil latinoamericana?

Para que así fuera, sería necesario que el Estado pudiera generalizar el interés particular, tratando de superar el enfrentamiento de intereses en el corto plazo y planteando una perspectiva de largo plazo. Esto no anula la relación entre Estado y clases o grupos, pero pide plantear una relación más amplia entre interés particular e interés general.

La demanda de participación implica la capacidad de influir sobre el proceso de decisiones en todos los niveles de la actividad social y de las instituciones sociales. Por lo general, en América Latina ha tendido a identificarse la demanda de participación como una demanda de incorporación, tanto al sistema económico como al sistema político. De ese modo, la protesta social se constituye particularmente como protesta contra el carácter desigualizador de la economía, por una parte y contra el carácter cerrado del sistema político, por otra. Ambos son aspectos de una demanda de mayor incorporación, pero para muchos sectores - especialmente populares - expresan también un proceso de emancipación, lo que redefine la relación entre incorporación económica e incorporación política, superando la contradicción que a menudo se plantea entre ambos (Alain Touraine). La dimensión de emancipación plantea la perspectiva de un proceso que permite superar la falsa elección entre un autoritarismo conservador y un autoritarismo populista, así como la única opción de una democracia "elitaria".

Se ha considerado, por lo común, que un régimen representativo es el que hace posible la participación y, que la representación está estrictamente ligada a un sistema de partidos. La heterogeneidad de la estructura social latinoamericana hace difícil pensar que un partido represente exclusivamente los intereses de una clase. Es necesario plantearse en qué medida los distintos grupos pueden dar origen a movimientos sociales cuya identidad esté dada por la posibilidad de una propuesta de cambio consciente.

Alain Touraine señala dos hechos relevantes en un movimiento social:

1. la capacidad de producir sus orientaciones sociales y culturales a partir de su propia actividad; 2. el conferir un sentido a sus prácticas. En la definición que da de movimiento social, se ligan el conflicto social, propio de la sociedad de clases, y la preocupación por las orientaciones culturales que están en juego.

Un movimiento social, por consiguiente, no es sólo una rebelión contra la dominación, que en cierta manera, tiene el carácter de defensa frente a la amenaza física o cultural de éstas, sino que además, aparece guiado por orientaciones normativas; en suma, posee un proyecto alternativo al existente.

En los análisis tradicionales, se estaba dispuesto a reconocer a las clases sociales una capacidad de transformación, aunque ésta no fuese consciente. El estudio de los movimientos sociales actualmente enfatiza el carácter consciente de la acción. El sentido de los movimientos sociales se intenta comprender a un nivel no distinto del de su acción; no se trata de un sentido externo al movimiento mismo; se puede afirmar que son conductas culturalmente orientadas.

Los movimientos sociales generan principalmente contramodelos de sociedad; su proyecto es otra sociedad. El autor anteriormente citado apunta que se combinan en ellos tres principios: de identidad (quienes son), de oposición, (definición del adversario) y de totalidad (definición de opciones de sentido, constitución de un campo de historicidad). Elemento importante en la definición es el hecho de enfrentar problemas que conciernen al conjunto de la sociedad, lo que los distingue de un grupo de presión, cuyos problemas son particulares o corporativos.

En relación al principio de identidad, conviene hacer referencia a la concepción de historia que los movimientos sociales tienen, en el sentido de si poseen conciencia de una historia propia, o, la conciben como simple derivación de la historia del poder. Esto actúa en la forma de percepción de los problemas y en la capacidad que pueden tener para proponer opciones o alternativas desde su propia historia, constituyéndose éstas como una creación de alternativas y no como simple "reforma" o adaptación de lo existente.

En el caso de América Latina, son varios los problemas que se presentan en el estudio de los movimientos sociales; la propia heterogeneidad de la estructura social atenta contra las posibilidades de identidad de los movimientos. Es así que para los propios grupos sociales no está claro el principio de identidad; en los sectores medios, por ejemplo, se discute si éste lo constituye el nivel educacional, el tipo de actividad, el nivel de ingresos, u otro principio. Hecho similar sucede con los "campesinos", donde se puede distinguir entre campesinos sin tierra, arrendatarios, pequeños y medianos propietarios, etc. Son heterogéneos, también, los obreros; no obstante, se puede hablar de la existencia de un "movimiento obrero" o un "movimiento campesino", o, un "movimiento de la clase media". Esto induce a pensar que el principio de identidad es más histórico que estructural. Por otra parte, el papel social que se les atribuye es profundamente contradictorio. De los sectores medios se ha dicho que, en América Latina, son los portadores del cambio; pero, también se ha afirmado que son los mayores defensores del statu-quo. Algo similar se dice de los campesinos, quienes serían el fermento revolucionario, o, por el contrario, la expresión cabal del tradicionalismo conservador. Del mismo modo, se postula que los obreros son la verdadera clase revolucionaria o que su única aspiración es la inserción en el modelo de sociedad vigente.

El ciclo de crecimiento económico y de cambio estructural, en la misma medida de su dinámica, afectó negativamente la constitución de las identidades de los grupos sociales, y también debilitó la noción de que los grupos estaban enfrentados a adversarios que impedían su realización. El cambio permitía suponer que no existía una resistencia del orden social, por lo menos en los proyectos individuales de movilidad, mientras que el crecimiento - a pesar de una tendencia a la concentración en la distribución del ingreso - permitía que cada grupo, en comparación consigo mismo, pensara que el progreso beneficiaba, si no a todos, por lo menos a aquellos que lograban integrarse al sistema.

La definición de adversarios era más factible en relación con quienes monopolizaban el poder, por lo que la línea de conflicto pudo establecerse más en el plano de lo político que en el de la distribución de bienes sociales. En algunos países el poder manejó una simbología de la participación, e incluso

el consumismo puede ser analizado como una fórmula supletoria de la participación política; en otros, en cambio, las condiciones de autoritarismo definieron tendencias hacia la alianza entre grupos sociales situados en distinta posición jerárquica, pero que tenían, en común la oposición a un sistema de poder alienado en relación a la sociedad nacional.

Esta coyuntura histórica volvió a dar sentido a las opciones de constitución de la nación como una comunidad política, lo que jerarquizó en algunos casos por primera vez, y en otros como retorno, el sentido de lo institucional como sistema normativo que posibilita el establecimiento de opciones de desarrollo y definición de las sociedades nacionales bajo determinadas reglas de juego.

La coyuntura actual de crisis económica y el papel que el endeudamiento internacional tiene en ella acentúa una línea de conflicto entre sociedad y estado en el que se trata una vez más de nacionalizar al Estado. El endeudamiento posibilitó - entre otras cosas - que el Estado pudiera asumir políticas sin diálogo con la sociedad nacional y que - aparentemente y por un período provisorio - pudiera conciliar aspiraciones contradictorias tales como la acumulación en unos grupos y la generalización de los servicios sociales, el armamentismo y el desarrollo o la inversión y el consumismo. Finalizado ese ciclo, el Estado se transformó en una especie de representante de los acreedores externos y en el intermediario de sus imposiciones, por lo que la oposición a los grupos que detentaban el poder y la alienación política consiguiente se refuerza con la oposición a las fuerzas externas que bloquean el desarrollo nacional y la constitución de la comunidad política participativa.

La posibilidad de que la acción social jerarquice la dimensión política y de participación institucional es en muchos países una opción probable en la medida en que no sólo tiende a finalizar el ciclo de cambio estructural sino que, paralelamente, las distancias que mediaban en lo interno de los sectores medios y entre éstos y los sectores obreros han tendido a reducirse debido al profundo cambio cultural y educativo de las pasadas décadas. Por lo menos, lo que sí se puede afirmar que ahora existen códigos de comunicación compartibles entre los grupos sociales que teóricamente pueden ser los miembros de una alianza orientada hacia la integración nacional, el desarrollo y la comunidad política.